843
B.
PQ2199
D78

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RE"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

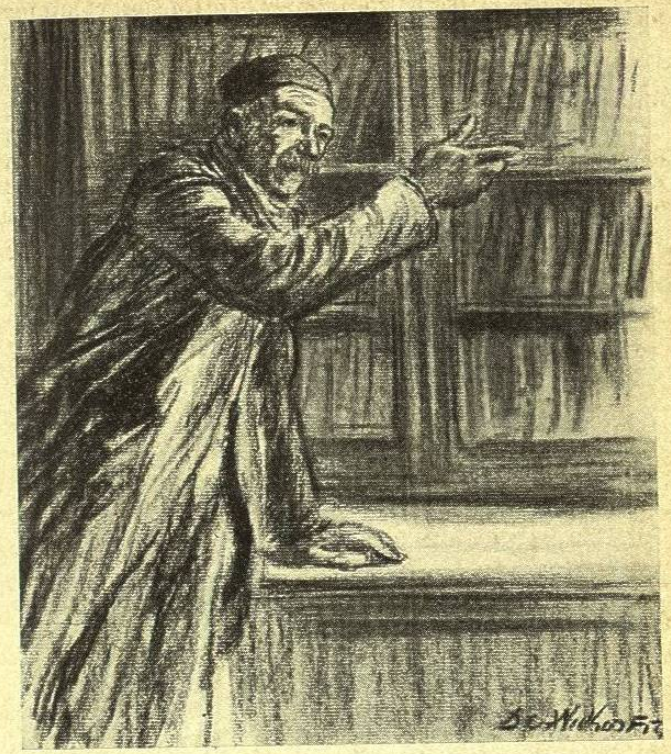
DRAMAS DE FAMILIA

LA EXPIACIÓN

I

Uno de los periodos más difíciles de caracterizar exactamente cuando se escribe una historia de las ideas de Francia durante el siglo XIX, será sin duda alguna el de la generación posterior á la guerra de 1870. En efecto, nunca se vieron influencias más contradictorias actuando sobre la dirección de los espíritus. Los jóvenes que entraban en la vida en esta época, hallaban entre sus compañeros inmediatos el conjunto de las concepciones filosóficas elaboradas bajo el segundo imperio, de las que Taine y Renán eran los dos representantes más ilustres. No es este el lugar á propósito para examinarlas en detalle; sin embargo, bastará recordar que la fe absoluta en la ciencia formaba como la base de estas doctrinas, y que el dogma de la necesidad circulaba de un extremo á otro de la obra de estos maestros, en fórmulas más brutalmente claras en el primero, más sutilmente envueltas en el segundo. Quisieran ó no, su enseñanza conducía al más completo fatalismo. El historiador de la *Literatura inglesa* nos enseñaba á considerar toda civilización como un producto de la raza, del medio y del momento, en tanto que el autor de la *Vida de Jesús* nos presentaba la evolución del pensamiento religioso á través de los siglos como dominado por leyes naturales tan fijas cual las que gobiernan el desarrollo de una

especie animal ó vegetal. Semejantes hipótesis pueden conciliarse, en hombres ya hechos, con los escrúpulos de la moralidad y las energías de la acción, mas, para los jóvenes, sólo entrañaban un principio de negación y de pesimismo precisamente cuando los desastres de la guerra y de la *Commune* acababan de herir tan duramente á la patria y de imponer á nuestras conciencias la evidencia del deber social y la obligación del esfuerzo útil y directo. Á decir verdad, la antítesis era demasiado aguda entre las teorías profesadas por nuestros maestros más admirados, más amados, y las necesidades de acción que el infortunio del país nos imponía á pesar nuestro, y esta antítesis la ha sentido ciertamente uno de los dos grandes escritores que acabo de citar. En efecto, si Taine no hubiera tenido la influencia paralizante de su obra, ¿habría dedicado su edad madura á los enormes trabajos de historia contemporánea que hacen de su último y magnífico libro el breviario político de todo buen francés? Taine ha necesitado una obstinada labor de un cuarto de siglo para operar una reconciliación entre la Creencia y la Ciencia, entre la moral cívica y la psicología, entre las afirmaciones de su filosofía y las realidades nacionales; pero un problema de esta índole no estaba al alcance de nuestros veinte años. De un lado veíamos á Francia herida profundamente; sentíamos la responsabilidad que nos incumbía en su fracaso ó en su resurgimiento próximos; queríamos obrar bajo la impresión de esta crísis y, por otro lado, una doctrina desesperante, impregnada del más nihilista determinismo, nos desalentaba por adelantado. El divorcio entre nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad era completo. Si la mayoría de entre nosotros quisiera dirigir una mirada al pasado, reconocería que la obra de su juventud se limitó á reducir una contradicción de la que sufren algunos todavía — aunque la vida haya ejercido también sobre ellos su inevitable disciplina — que consiste en hacernos aceptar tales antítesis como la condición natural de las almas modernas, antítesis compuestas de elementos demasiado heterogéneos para que puedan nunca simplificarse por completo.



... El padre me indicaba los lomos de una hilera de libros... (*pág.* 18.)

¡ Extraña juventud cuyos más vivos placeres eran las discusiones de ideas abstractas ! En el momento crítico de relacionar á ellas un episodio, me ha parecido que era necesario darle su tonalidad moral por medio de este recuerdo de las condiciones de ansiedad intelectual, en que transcurrió nuestra adolescencia. El drama de familia que quiero contaros, no sería por sí mismo más que

una noticia de periódico, tal vez algo menos común y corriente que esos sucesos de que se da cuenta en unas cuantas líneas, pero aquél de mis amigos que fué el héroe y la víctima del hecho, poseía en un grado muy alto ese carácter común á nuestra generación : los problemas de su existencia cotidiana transformábanse al punto en problemas de pensamiento, y este suceso llegó á ser para él una crisis de responsabilidad verdaderamente trágica. ¿Contempló con una mirada muy lúcida la situación en que se hallaba colocado? ¿Acaso dió á los acontecimientos, dolorosamente singulares por sí mismos, una significación demasiado arbitraria y resolvió en el sentido de un excesivo escrúpulo una dificultad de suyo bastante cruel? En cuanto á mí, que fuí un testigo emocionado de esta aventura, he atravesado respecto de mi amigo y del partido á que se había afiliado, dos estados sucesivos muy diferentes. En la época en que los acontecimientos que voy á narrar se desarrollaban, había adoptado como un axioma indiscutible el de que no hay en la naturaleza huella de voluntad particular y por lo tanto no creía en modo alguno en esa lógica secreta del destino, que los cristianos llaman la Providencia, y que los positivistas definen con la fórmula, no menos obscura, de justicia inmanente. La tragedia en que mi amigo creyó ver la revelación de una fuerza vengadora, siempre dispuesta á castigar al criminal en las imprevistas consecuencias de su crimen, se me apareció como uno de los innumerables juegos del azar. Hoy la experiencia me ha demostrado, con demasiada frecuencia, cuán exacto es el « todo se paga », de Napoleón en Santa Elena, por qué sinuosidades el castigo persigue y se une á la falta y que el azar no es con frecuencia más que una forma inesperada de la expiación. Me inclino, pues, á creer con Eugenio Corbières — era el nombre de mi compañero — que el drama al que estas sobrado largas reflexiones sirven de prólogo, fué verdaderamente uno de esos vencimientos á plazo desconocido, en los que creía el Emperador. Este vencimiento fué humilde y secreto. Los hay que son escandalosos y resonantes. Tal vez el espíritu de equidad, que

gobierna las cosas humanas, aparezca como más temible en sus más obscuras ejecuciones.

He dicho que Corbières era mi compañero. Nos habíamos conocido en el liceo Luis el Grande donde seguía los estudios en calidad de externo lo mismo que yo, en que por mi parte pertenecía al propio tiempo á una institución cerrada. En estas grandes hornadas escolares, que se llaman clases, una amistad de esta naturaleza no era más que un pretexto para tutearse. Eugenio y yo habíamos oído á los mismos profesores, aprendiendo las mismas lecciones, y puesto en versos latinos las mismas materias durante varios años, sin habernos hablado como no fuera para decirnos : « Buenos días, ó buenas tardes. » Como acontece, con frecuencia, á condiscípulos de un mismo colegio, hicimos el descubrimiento uno del otro después que salimos del colegio y cuando ambos nos hallábamos ya en caminos opuestos, á pesar de lo cual aportábamos á nuestros trabajos, de órdenes tan diferentes que llegaban á ser contradictorios, ese mismo cuidado de los problemas de nuestro tiempo, esa misma necesidad de poner de acuerdo el determinismo intelectual y la acción cívica en la que creo descubrir el sello peculiar de nuestra generación.

Era en la primavera de 1873 cuando se verificó este reflorecimiento de compañerismo á causa de un encuentro que debo únicamente atribuir al azar. Las menores circunstancias de entonces están presentes en mi espíritu con una extremada precisión : yo salía de un café, que en la actualidad ha desaparecido y que ocupaba el ángulo de la calle de Vaugirard frente al jardín del Luxemburgo y al teatro del Odeón, donde se reunía un pequeño grupo, hoy disperso, de escritores jóvenes, que tenían el ingenuo capricho de llamarse á sí mismos « ¡ los vivientes ! »

Creía yo sentar plaza de literato perdiendo varias horas del día en la alegre y paradójica sociedad de estos amables compañeros, que dejaban sin satisfacer la parte más íntima de mi inteligencia, pues todos ellos eran únicamente artistas literarios — algunos ya superiores — y yo estaba entonces mucho más preocupado por el análisis

que por el estilo, por la psicología que por la estética separándome siempre de su lado descontento de mí mismo, primero por haber charlado con ellos en vez de trabajar, y después porque la sensación de su personalidad harto contraria, haciame dudar de la mía.

Me veo aquella tarde, hacia las tres, pasando la verja del jardín y caminando á lo largo de la avenida, presa de esa nostalgia de la soledad espiritual tan intensa entre los jóvenes, y vuelvo á ver á Corbières venir en sentido inverso y abordarme con una de esas sonrisas de simpatía que entre antiguos camaradas se dirigen menos al individuo que á ese pasado común que comienza ya á echarse de menos. Después empezamos á preguntarnos el uno al otro caminando algunos pasos juntos. Le dije á Corbières que me dedicaba á la literatura; él á su vez me declaró que estudiaba medicina y aún le oigo, durante el curso de esta conversación, que hubiera debido ser superficial, explicarme esta elección de su carrera por motivos de un orden tan especial, tan análogo á mi habitual modo de discurrir, que de pronto nos hicimos amigos. En la edad en que uno y otro teníamos ciertas semejanzas en la manera de sentir, equivalen éstas á años enteros de intimidad.

— Mi padre y mi madre — decía — deseaban que después de mi servicio militar me graduara en derecho. Mi padre ha sido durante treinta años de su vida ujier en el ministerio del Interior, de cuyo puesto se ha retirado hace un año, y como tiene culto por la Administración, veíame ya, por adelantado, hecho un subprefecto. Hubiera entrado en su tipo social... ¡ Afortunadamente mi padre es tan bueno para mí !... Mi madre también, y, con tal de que no los abandone, están contentos. Cuando les declaré mi propósito de estudiar medicina hubieron de asombrarse un poco, pero accedieron á ello cuando les di como pretexto el de que con la inestabilidad política actual, las funciones del Estado no ofrecían ya las mismas garantías que bajo el Imperio. Claro está que no les dije la verdadera causa de mi resolución. Mis pobres padres no tienen otra filosofía que la del corazón, y no habrían comprendido mi punto de vista. En cambio tú

lo comprenderás... Lo que me ha decidido á seguir esta senda, acaso te parezca singular; es la necesidad de certidumbre. Mi gusto personal me habría elevado hacia estudios más abstractos; acaso hubiera entrado en la Escuela Normal, para estudiar metafísica, á no haber leído á Kant y también *La Inteligencia*, de Taine, pero se me antojaba que el objeto, en las ciencias filosóficas, es demasiado dudoso y mi espíritu tiene hambre y sed de algo positivo, indiscutible y, como precisamente las ciencias naturales dan todo eso, he ahí por qué me he inclinado en esa dirección. Además he reflexionado bastante... No sé en qué punto estás en cuanto á convicciones morales; de mí debo decirte que profeso el agnosticismo absoluto. Considero que no podemos conocer con conocimiento cierto si hay un Dios — para tomar la fórmula más sencilla — ó si no le hay; si hay un Bien ó un Mal ó si no le hay; un mérito ó un demérito, ó ni una cosa ni otra, otra vida ó no... Y sin embargo es preciso obrar... Yo al menos siento una necesidad de determinarme, sobre todo después que he visto la guerra... Siento la misma impresión que tendría en una tempestad, sobre un barco en peligro, y es una vergüenza no tomar parte en la maniobra pudiendo hacerlo. Frecuentemente he recordado el razonamiento de Pascal; ¿te acuerdas? el de la apuesta. Me he dicho á mí mismo : ¿Cuál es, entre las ciencias naturales, la rama que se presta á una aplicación práctica, tal que dicha aplicación sea aceptable en todas las hipótesis? Y me ha parecido que la medicina, comprendida de una manera un poco alta, respondía á este programa. En efecto, examina una y otra solución; supón demostradas todas las teorías espiritualistas; ve más lejos aún, todas las teorías cristianas; ¿cuál es el deber? Aliviar al ser que sufre. Pues bien, eso es lo que hace el médico. Supón ahora demostradas todas las teorías contrarias; ¿á qué se reduce la moral? Á un instinto de altruísmo que es preciso demostrar y satisfacer como todos los instintos, y que consiste en una necesidad de asociarnos á nuestros semejantes, de ayudarles y ser ayudado por ellos frente á la naturaleza rebelde. ¿Quién cumplirá esta misión

mejor que el médico? Él es el altruísta por excelencia; él está en lo cierto, cualquiera que sea el postulado metafísico á que nos sometamos, y la prueba es que, desde el día en que hice mi primera matrícula y crucé el umbral del hospital, he saboreado una especie de calma que me era desconocida. Desde entonces tuve la evidencia de que intelectual y moralmente tenía los pies sobre la tierra y que marchaba por terreno sólido... En fin, ya no he vuelto á dudar... »

¡Qué admirable estaba Corbières mientras me hablaba así! La llama del pensamiento transfiguraba su rostro irregular y más bien feo. Este hijo de un empleadillo de ministerio, descubría por la construcción de todo su cuerpo esa herencia semi-campesina, semi-ciudadana que no tiene ni la integridad de la fuerza rústica ni la refinación de la verdadera burguesía. Tenía los huesos fuertes y pocos músculos, las facciones gruesas y la sangre pobre; únicamente la belleza de los ojos y de la boca corregía su aire raquítico. Era una boca de una belleza encantadora, que sonreía con libre ingenuidad, eran unos ojos azules de una lealtad tal que parecía imposible que el hombre que contemplaba con aquella mirada pudiera nunca mentir y, unido á esto, una voz seductora en la que vibraba el ardor de la convicción íntima. ¿Hacía falta más para explicar la profunda impresión que me produjo este discurso de cuyo texto estoy bien seguro? Yo lo transcribí aquella misma noche en mi dirio de aquella época, con otros muchos detalles, inútiles de referir, donde he vuelto á encontrar nuevamente los indicios del arrebato de entusiasmo que recibiera aquel día bajo los verdes árboles del viejo jardín.

Me imagino, y lo espero, que hoy, como entonces, estas apacibles avenidas á cuyo borde se alzan las estatuas de las reinas y los bustos de los poetas, sirven de teatro á conversaciones entre jóvenes en el mismo tono exaltado de aquella cuyo lejano recuerdo evoco. Horas semejantes son lo único que lamento de una juventud mal gobernada, y también la ingenua plasticidad de alma que permite las nobles preocupaciones semejantes á la que aquella misma tarde hizo que abandonara todos mis proyectos, para acompañar á Eugenio hasta su casa, adonde apenas hubimos de llegar cuando á su vez él me propuso venir conmigo hasta la mía. Era ya noche cerrada cuando nos separamos, después de haber tratado durante esta interminable conversación de todos los objetos del pensamiento humano y habernos dado cita para el día siguiente por la mañana, en que habría de acompañar á mi amigo al hospital de la *Pitié* á cuya clínica asistía.

— Creo — le dije dándole la mano, — que voy á hacer lo mismo que tú, y dedicarme á la medicina...

No me dediqué á la medicina, reduciéndose esta repentina resolución de imitar á Corbières á algunas sesiones de hospital que por lo menos consiguieron colocarme en presencia de un poco de realidad, de cuyo contacto estaba realmente necesitado, pues mi error, que fué el de tantos otros jóvenes extraviados como yo, por una precoz ambición de escribir, consistía en hacer de la literatura un fin no siendo más que un resultado. Quería componer novelas y no había observado nada; versos, y nada había sentido. El mejor servicio que podría hacérseme era sacarme del medio completamente artificial y meramente erudito en que me amustiaba, para mostrarme la humanidad sencilla y necesitada, la vida humilde y prosaica, pero verdadera, y este servicio Eugenio me lo hizo dos veces, sin sospecharlo, con sus saludables visitas á la *Pitié* primero y después haciéndome penetrar en el interior de su familia, ese original y misterioso interior del que durante mucho tiempo no pude percibir más que lo pintoresco : el misterio no apareció sino mucho después.

Los viejos Corbières habitaban con su hijo en el segundo piso de una casa muy vieja de una muy vieja calle del barrio del Panteón. Esta calle, que en otro tiempo se llamaba calle del Pozo que habla, no tiene otra cosa de moderno — ¡y qué modernismo! — que su reciente nombre de calle de Amyot. Nada parece haberse movido desde la remota época en que florecían el colegio de los escoceses y el de los irlandeses, vecinos uno de otro y cuyos rótulos existen todavía. Cuando á veces vengo á esta calle en peregrinación, encuentro siempre el lugar

de la escena tal y como era hace veinte y cinco años. El desigual empedrado donde raramente se aventuran los coches se encuadra siempre de una verdura provinciana; las ramas de los árboles se elevan allí por encima de los muros de los jardines, y los porteros mantienen constantemente desde la acera sus largas sesiones de trabajo y de charla con los inquilinos, al aire libre, mientras los niños juegan en el arroyo á las bolas ó al *diablo* sin que tengan que temer para nada el brusco paso de los vehículos. Las casas irregulares, de fechas y de estilos diferentes, recuerdan que el barrio se ha desarrollado como una creación natural, lentamente, lentamente, á medida de las necesidades, y no por una de esas decisiones del municipio que imprimen sobre el París nuevo un sello de universal monotonía.

Ningún cuadro convenía mejor á la inmóvil y como petrificada fisonomía de los padres de mi amigo. El ujier retirado, que abría por sí mismo la puerta al toque de campanilla del visitante, era un hombre de unos cincuenta años muy derecho y muy delgado con un rostro indescifrable donde no había nada expresivo más que los ojos, azules como los de su hijo, pero de un brillo singular donde ahora, á distancia, descubro la fiebre secreta de un constante remordimiento.

En aquella época sólo veía en ellos el ardor de una idolatría paternal de la que no he encontrado ejemplo, pues este buen hombre, cuya vida se consumiera en el rincón de una chimenea calentada á costa de los contribuyentes, en una antecámara de la plaza Beauvau, haciendo esperar á los solicitantes, parecía haber concentrado en su hijo toda la compensación y la alegría de su miserable existencia.

Á juzgar por la modestia de la vivienda, por la sencillez de los muebles y la indumentaria del padre y de la madre, los recursos del hogar debían ser harto exiguos. Sin embargo, nunca le fué negado ningún libro á Eugenio para sus estudios, y jamás el ex-ujier consentía en que el estudiante en medicina perdiera ni una sola hora de sus trabajos para dar una lección, colaborar en algún periódico, en fin, para ganar dinero. La inten-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

Era una mujer pequeña y rechoncha... (*pág.* 20.)

sidad de su cariño le hacía adivinar que, para un futuro sabio, los años de juventud cuentan triple y que la independencia completa durante este período es el más precioso de los bienes.

— Le he dicho á Eugenio — repetía con frecuencia — no pienses en nosotros. Nuestra felicidad es estar con-

tigo... No sería picardo si no afanara para mi hijo... Esto último lo dijo en picardo pues había conservado de su origen — era de Peronne — ciertas palabras del dialecto de su país que se complacía en pronunciar cuando quería hacerse el rústico.

— Es preciso que sea un hombre célebre — añadió — y lo será... He pensado siempre en ello desde que salió de la escuela... Mire usted sus libros de premios: ¡ hay ochenta y siete !

Y con su mano callosa en fuerza de humildes servicios, el padre me indicaba los lomos de una hilera de libros colocados sobre los estantes de una biblioteca de caoba con vidrieras, y cerrada con llave. La historia completa de su pasión por su hijo hallábase en aquellos pobres libracos de colegio á quienes á veces llamaba — ¡ oh ingenuidad ! — « sus títulos de nobleza ». Adivinaréis las etapas de todo esto : el niño va á la escuela de los Hermanos del barrio; es inteligente y aprende en seguida... — Es lástima que no vaya más lejos — dice el Superior. El padre y la madre se consultan entonces : — ¡ Bah ! Se economizará del tabaco y del azúcar; pasaremos sin asistenta. Y el muchacho es enviado al liceo vecino donde triunfa. Primero querían retirarle después del cuarto año y del examen de gramática, pero vinieron los éxitos alcanzados en el concurso y decidieron que continuara hasta el bachillerato. El resto fué una consecuencia de tales premisas. De otra parte, multitud de indicios delataban el imperio de la más severa economía en la casa de Corbières. No hay que decir que era el viejo el encargado de la labor más ruda : frotar el suelo, dar cera á los muebles, partir la leña, arrojar las aguas, é incluso hacer las camas. Su cara roja, congestionada, tenía una piel como grabada por anchas arrugas cada una de las cuales proclamaba la paciencia, la perseverancia de una ruda y sólida raza. Una meticulosa limpieza — otro rasgo de su país vecino de Flandes — reinaba en las seis piezas que constituían todo el piso, á saber : una cocina, una entrada, una alcoba para el padre y la madre, un comedor, una sala que inmediatamente hubo de convertirse en gabinete de trabajo de Eugenio, y el dormitorio de éste. De este modo

el estudiante ocupaba más de un tercio del modesto local, y, como es de suponer, la parte más amplia del mismo, la más aireada, aquella cuyas ventanas daban á los jardines y también la única que se hallaba amueblada casi lujosamente, agasajo que mi compañero aceptaba un poco, dicho sea en honor de la verdad, con el egoísmo más natural de los grandes trabajadores, y un mucho con la idea de que su porvenir depararía á los actuales sacrificios de sus padres una amplia compensación. ¡ Cuántas veces le he oido decir cuando queria llevarle á algún teatro ó paseo :

— No puedo; es preciso que piense en mis viejos...

Yo sabía bien que « sus viejos », como él les llamaba con tierna familiaridad, no hubieran proferido jamás una palabra de censura contra él, sea cual fuere el empleo que hubiera hecho de su tarde ó de su noche... No. Lo que él quería significar con esto era su apasionado interés por merecer ese admirable sacrificio, aplicándose tanto más á él, cuanto que creía adivinar en ellos una extraña facilidad para sufrir. Y era realmente cierto que este honrado matrimonio no respiraba la alegría de que esta abnegación, prolongada durante tantos años, le hacía digno. Sobre la roja frente del padre, donde las venas en relieve marcaban en las sienes la fuerte circulación de la sangre, parecía pesar una constante preocupación. ¿Temería morir antes de haber acabado su obra, sin haber visto á su hijo convertido en agregado, profesor de la Facultad, ó miembro de la Academia? ¿Todas sus economías habían sido agotadas en esta larga y costosa carrera? ¿Su pequeño retiro de antiguo empleado, siempre en vísperas de desaparecer con él, constituían lo más cierto de su haber actual? ¿Era sencillamente un hombre de humor voluntariamente triste á quien apenaba aún más la incierta salud de su mujer? Tales eran las preguntas que sin duda el hijo debía hacerse á sí mismo, como yo también me las hacía cada vez que notaba sobre el rostro del señor Corbières, en el transcurso de mis visitas, alguna huella de este obscuro ensombrecimiento. En cuanto á la señora Corbières, la respuesta era sencilla, ó al menos me parecía sencilla. El mismo Eugenio

habíame hablado con gran frecuencia de sus temores respecto al porvenir patológico de su madre, pues creía diagnosticar en ella la amenaza de una enfermedad del hígado. Era una mujer pequeña y rechoncha que á los veinte años debió ser bella, con esa belleza del mediodía montañés, á la vez ligera y fornida, en la que se advierte tanta vitalidad reconcentrada y como comprimida bajo una pequeña envoltura. Procedía de La Roquebrussanne, una aldea del Var recostada sobre los contrafuertes de los Maures, entre Bignoles y Tulón y conservaba de la Provenza, su patria, lindos pies y lindas manos — verdaderos pies de mula, finos y bien asentados, capaces de subir sin el menor traspié, á los cincuenta años cumplidos y bien cumplidos, las escarpaduras de las cuestas natales — manos ágiles y delgadas de cogedora de olivas. ¡ Y qué llama negra en sus ojos ! Ardían literalmente en una cara arrugada, amarillenta y como impregnada de bilis. ¿Por qué no me sentía yo nunca en seguridad frente á esta mujer, á pesar de recibirme siempre con una extremada cortesía en sus maneras? Había en toda su persona un no sé qué de adusto y como de desconfiado, que ni aún la presencia de su hijo calmaba ni endulzaba completamente.

— Es un alma inquieta — decíame Eugenio cuando le preguntaba por su madre. Si yo fuera creyente, he ahí una cosa que me haría dudar de la justicia de Dios. Tú conoces á mi madre, la ves vivir; desde mi lejana infancia me acuerdo de ella como de una persona que sólo ha respirado para los demás, para nosotros dos, para mi padre y para mí. Entre la plaza, su cocina, la ropa blanca y los arreglos de nuestros trajes, su vida se ha agotado en las más modestas ocupaciones de la más humilde sirvienta, á pesar de que nació señorita y recibió educación !... Si alguno merecía tener la paz del corazón era ella seguramente y sin embargo no la tiene... Es piadosa, hasta devota si se quiere, pero su religión sólo la sirve para remorderla con escrúpulos... Débil como está, me da miedo verla caer enferma á cada Cuaresma, pues no hay medio de impedir su exceso de austeridad. Hubiera querido hablar á su confesor, pero no sé á qué iglesia va; es muy reservada sobre ciertos puntos y especialmente sobre ese, y cuando se intenta interrogarla, aunque sea yo, se ve que no le gusta... Se nos habla de tener buena conciencia... de un buen estómago y de un buen hígado es de lo que se nos debiera hablar... En cada período digestivo el hígado se llena de sangre y, si por un accidente cualquiera, esta sangre, acarreada por la vena-porta, se carga de principios irritantes para las células hepáticas, todo nuestro ser moral queda envenenado físicamente...

— ¿Pero no hay casos — le respondí yo — en que la pena mata y por lo tanto en que el ser físico es envenenado moralmente?...

— Cierto, y eso acaba por demostrar que no sabemos nada de nada... Es decir, sí... Comprendo que el día en que esa honrada mujer, que es mi madre, me vea de agregado, este triunfo la causará mejor efecto que todas las aguas de Carlsbad ó de Marienbad. Así, pues, te dejo para ir á mi trabajo...

II

Me he detenido de intento en estos recuerdos cuyos detalles podría multiplicar y en los que se resumen para mí las impresiones de varios años, años que van desde la primavera de 1873, en que renové con Eugenio Corbières la amistad, apenas iniciada en el colegio, hasta el invierno de 1882 en que se desarrollaron los sucesos que voy á narrar y que forman la verdadera historia de este relato, incoherentes años para mí que los empleé, como la mayoría de los aprendices de escritor, en toda clase de ensayos abortados, de experiencias insensatas y más ó menos peligrosas para el porvenir de mi pensamiento, fecundos y metódicos para mi amigo que encontró su camino tan pronto y á quien sucesivamente hube de ver externo de hospital y alcanzando la medalla de oro, después doctor, aproximándose ya con seguro paso hacia ese puesto de médico de los hospitales